

nácar y objetos de cuerno: los campesinos fabrican quincalla de todas clases en el tiempo que les deja libre la agricultura; y verdaderas obras de arte, algunas de las cuales fueron muy admiradas en la Exposición de 1889, son producidas por estos humildes escultores rurales, en cuerno, nácar y hierro. Más al Sur, el pulimento del mármol se efectúa en muchos talleres pequeños, repartidos por los alrededores de Solesmes, y agrupados en torno de un establecimiento central, en el cual se le da á la piedra sus líneas generales con ayuda del vapor, entregándola después á los talleres de los pueblos para que concluyan el trabajo. En Sablé, los que trabajan en ese ramo tienen todos casa y huerto, gozan hasta cierto punto de un verdadero bienestar, en que especialmente se fijó nuestro viajero (1).

En las regiones forestales del Perch y el Maine, encontramos toda clase de industrias, basadas sobre la madera, que evidentemente no podrían mantenerse sin la posesión comunal del bosque. Cerca del de Porseigne hay un pueblecito, Fresmaye, que está completamente habitado por labradores en madera.

«No hay una sola casa—dice Ardouin Dumazet—donde no se fabriquen objetos de madera. Hace algunos años había poca variedad en sus productos; cucharas, cajas para la sal, cajas de muñecos, escalas, varias piezas de madera para los tejedores, flautas y oboes, husos, medidas de madera, embudos y bolos de madera, era todo lo que se hacía; pero París necesitó un sin fin de cosas en que la madera se combinaba con el hierro: ratoneras, cajas de relojes, cucharones, escobas..... Y ahora todas las casas tienen su taller con un torno ó alguna otra herramienta mecánica para cortar, labrar y torneear la madera..... Esto

(1) ARDOUIN DUMAZET, vol. II, pág. 51.

dió lugar á la creación de una nueva industria, y ahora se fabrican allí las cosas más curiosas y bonitas; y, debido á esta industria, la gente es feliz. Las ganancias no son elevadas, pero cada trabajador tiene una casa y una huerta propias, y en ocasiones un pedazo de terreno de labor» (1).

En Neufchâtel se hacen zapatos de madera, y la morada del labriego—se nos dice—tiene un aspecto alegre y risueño: todas las casas poseen un huerto unido á ellas, y no se ven allí las miserias de las grandes ciudades. En Yupilles y sus inmediaciones se producen otras variedades de artículos de madera: embudos, cajas de diferentes clases, en unión de los zapatos de madera; mientras que en el bosque de Vibraye se han montado dos talleres para la construcción de puños de paraguas á millones para toda la Francia. Y como uno de estos talleres ha sido fundado por un tallista, éste ha inventado é introducido en él las más curiosas herramientas mecánicas. Sobre 150 hombres trabajan en esta fábrica; pero es indudable que media docena de talleres pequeños, esparcidos por los contornos, hubieran dado el mismo resultado.

* * *

Yendo ahora á una región muy diferente—el Nievre en el centro de Francia, y Haut Marne en el Este—vemos que ambas regiones son grandes centros de una variedad de pequeñas industrias, algunas de las cuales están sostenidas por asociaciones de trabajadores, en tanto que otras han crecido á la sombra de las fábricas. Los antiguos talleres de herrería, que anteriormente cubrían el país, no han desaparecido: han sufrido una

(1) ARDOUIN DUMAZET, vol. I, págs. 305 y 306.

transformación, y ahora está aquél lleno de pequeños talleres, en los que la maquinaria agrícola, productos químicos y alfarería se producen; «hay necesidad de llegar hasta Guerigny y Jouchambault para encontrar la gran industria» (1), mientras que infinidad de pequeños talleres, destinados á la fabricación de quincallería variada, florecen á su lado, recibiendo la vitalidad que necesitan de aquellos centros industriales. La alfarería es una fuente de riqueza en el valle del Loire, hacia Nevers: en éste las fábricas de cerámica producen género de primera, en tanto que en los pueblos se hace lo más corriente, que es exportado por traficantes que lo van vendiendo por ahí. En Gien, una gran fábrica de botones de china (hechos de feldespato en polvo, mezclado con leche) se estableció no ha mucho, y emplea 1.500 trabajadores, que producen de 3.500 á 4.500 libras de botones diariamente, y, como ocurre con frecuencia, parte del trabajo se hace en las aldeas. En muchas millas, á ambas márgenes del Loire, en todos los pueblos y aldeas, viejos, mujeres y niños, cosen los botones al cartón. Inútil es decir que semejante clase de trabajo es pésimamente retribuido; pero sólo se acude á él por no haber otro género de industria por allí, á la que la gente del campo pudiera dedicar su tiempo libre.

En la misma región del Haut Marne, especialmente en las inmediaciones de Nogent, encontramos la cuchillería, como ocupación simultánea con la agricultura. La propiedad territorial se halla muy dividida en esa parte de Francia, y muchos labriegos no tienen más que dos ó tres acres por familia, y á veces menos. En su consecuencia, en treinta pueblos en torno de Nogent, sobre 5.000 hombres se hallan invertidos en la cuchille-

(1) ARDOUIN DUMAZET, vol. I, pág. 52.

ría, particularmente en la de primera calidad (cuchillos artísticos se venden en ocasiones hasta á 500 francos la pieza), mientras que las clases más inferiores se fabrican en las inmediaciones de Thiers, en Puy de Dôme (Auvergne).

La industria se ha desarrollado espontáneamente en Nogent sin ninguna ayuda del exterior, y en su parte técnica muestra un progreso considerable (1), en tanto que en Thiers, donde se hace la clase de cuchillería más barata, la división del trabajo, lo económico de la renta para los pequeños talleres provistos de fuerza motriz tomada del río Durole ó de pequeños motores de gas, el concurso de una gran variedad de máquinas-herramientas, inventadas al efecto, y la combinación que allí existe del trabajo mecánico con el manual, han dado por resultado tal perfección en la parte técnica de la industria, que se considera problemático el que el sistema de las fábricas pudiera economizar aún más (2).

En doce millas á la redonda, tomando á Ihuers por centro, en cualquiera dirección que se mire, todos los arroyos están dotados de pequeños talleres, en los cuales trabajan agricultores que no por eso dejan de labrar sus terrenos.

La industria de las canastas es también una ocupación rural de importancia en varias partes de Francia, como por ejemplo en Aisne y en el Haut Marne: en este último departamento, en Villaines, todos son banasteros, «y todos ellos pertenecen á una sociedad cooperativa», dice Ardouin Dumazet (3). «No hay patronos; todos

(1) Profesor Issaieff en las *Trudy Hustarnoi Hommissü* (Memorias de la Comisión de la Pequeña Industria) vol. V.

(2) Los cuchillos se venden de 7,50 á 10 francos gruesa, y las navajas de afeitarse á 4,5 por gruesa «para la exportación».

(3) ARDOUIN DUMAZET, vol. I, págs. 213 y sigs.

los productos se traen cada quince días á los almacenes de la asociación, y allí se venden por su cuenta. A ella pertenecen sobre unas 150 familias, y cada una posee su casa y su viñita.» En Fays-Billot, también en el Haut Marne, 1.500 banasteros tienen igualmente formada una asociación, mientras que en Hierache, donde varios miles de trabajadores están empleados en esa industria sin estar asociados, lo que se gana es mucho menos.

* * *

Otro centro muy importante de la pequeña industria es el Jura francés, ó sea la parte francesa de las montañas del Jura, donde la industria de relojes ha alcanzado, como es sabido, un alto desarrollo. Cuando visité esos pueblecitos, entre la frontera suiza y Besançon, en el año 1878, me sorprendió el alto grado de relativo bienestar que allí observé, á pesar de conocer perfectamente los pueblos suizos del Val de Saint Imier. Es muy probable que los relojes hechos á máquina hayan producido una crisis en la parte de Francia dedicada á esa industria, como la han causado en Suiza; pero se sabe que una parte al menos de los relojeros suizos se han resistido con energía á ser absorbidos por las fábricas, y en tanto que éstas se montan en Ginebra y en otras partes, un número considerable de relojeros se ha dedicado á otras varias industrias, que conservan los mismos caracteres que la anterior. Sólo me resta agregar que en el Jura francés muchos constructores de relojes eran al mismo tiempo dueños de sus casas y huertos, muy á menudo de un pequeño campo, y especialmente de prados comunales, y que lo mismo en lo referente á la fruta que al queso y la manteca, la forma comunal está muy extendida en esa parte de Francia.

Según hasta donde yo pude observar, el desarrollo de la industria del reloj mecánico no ha destruído la pequeña industria de esa región jurásica: los relojeros se han dedicado á otros trabajos, y, como en Suiza, han creado varias industrias nuevas. De todos modos, por los viajes de Ardouin Dumazet podemos formar una idea bastante aproximada de la parte Sur de esta región. En las intermediaciones de Nantua y Cluse se teje la seda en casi todos los pueblos, dedicando á esta industria sus habitantes el tiempo que les deja libre la agricultura; así que, un número considerable de pequeños talleres de veinte telares (sólo hay uno de ciento) se hallan esparcidos por pueblos y aldeas, utilizando toda corriente de agua, por pequeña que sea, que baje de la montaña. Muchas pequeñas fábricas de aserrar madera se han montado, siguiendo el curso del riachuelo Merloz, para la fabricación de toda clase de objetos pequeños y curiosos de madera. En Yonnax, pequeña población del Ain, tenemos un gran centro para la fabricación de peines, industria que tiene más de doscientos años de existencia, la cual tomó nuevo impulso después de la última guerra á causa de la invención de la celulosa.

No bajan de 100 ó 120 «los patronos» que dan trabajo desde dos hasta quince operarios cada uno, en tanto que pasan de 1.200 las personas que trabajan en sus casas haciendo peines de cuerno irlandés y celulosa francesa. Antes se alquilaban tornos mecánicos en pequeños talleres; pero últimamente se ha introducido la electricidad, generada por un salto de agua, y ahora se distribuye á domicilio para poner en acción pequeños motores desde un cuarto de caballo hasta doce. Y es digno de notarse que desde el momento que la electricidad ha hecho posible la vuelta al trabajo doméstico, 300 operarios dejaron en el acto los pequeños talleres y se fueron á

trabajar á sus casas. Muchos de estos tienen sus casitas propias y sus huertos, y muestran un espíritu de asociación digno de ser tenido en cuenta. Ellos han montado también cuatro talleres para hacer cajas de cartón, cuyo producto anual está apreciado en 2.000.000 de francos (1).

En St. Claude, que es un gran centro en pipás de madera (vendidas en grandes cantidades en Londres con marcas de fábricas inglesas, por cuya razón las compran con empeño muchos franceses, como un «recuerdo» del otro lado del Canal), talleres grandes y pequeños, utilizando todos la fuerza motriz derivada del riachuelo Tacon, prosperan mutuamente. Más de 4.000 hombres y mujeres están ocupados en esta industria, en tanto que otras pequeñas industrias similares han crecido á su sombra (boquillas de ámbar y de asta, estuches, etc.) Habiendo, además, infinidad de pequeños talleres muy ocupados en las márgenes de ambas corrientes en la fabricación de multitud de objetos de madera: cajas de fósforos, camas, estuches para lentes, pequeños artículos de asta y otras cosas por el estilo, sin mencionar una gran fábrica donde trabajan 200 operarios, en que se fabrican metros de medir para todo el mundo. Entretanto, miles de personas se hallan ocupadas en St. Claud y sus alrededores en cortar diamantes (industria que sólo tendrá unos quince años de vida en esta región), y otras muchas se dedican á cortar otras piedras preciosas de menos importancia; todo lo cual se efectúa en pequeños talleres provistos de motor de agua. La extracción del hielo de algunos lagos, y la recolección de corteza de roble para las tenerías, completan el cuadro de estos pueblecitos laboriosos, donde la industria le da la mano á la

(1) ARDOVIN DUMARET, vol. VIII, pág. 40.

agricultura, y las máquinas y adelantos modernos se encuentran igualmente colocados al servicio del pequeño taller.

Finalmente, omitiendo una multitud de pequeñas industrias, mencionaré tan solo los sombrereros del Loire, la fabricación de papel del Ardech, la de quincalla en el Doubs, los guanteros del Isère, los fabricantes de escobas y cepillos del Oise (cuya industria produce anualmente 20.000.000 de francos), y la industria doméstica de hacer medias á máquina, en las inmediaciones de Troyes. Pero debo decir algunas palabras más referente á dos importantes centros de la pequeña industria: la región de Lyon y París.

* * *

En la actualidad, la región industrial de la cual Lyon es el centro (1), incluye los departamentos del Rhône, Loire, Drôme, Saône-et-Loire, Ain, la parte Sur del Jura y la Occidental de Saboya, llegando hasta Annecy; extendiéndose la cría del gusano hasta los Alpes, los montes de Cevennes y las inmediaciones de Mâcon. Ella contiene, además de fértiles llanuras, grandes espacios montuosos, por lo general también muy fértiles, pero cubiertos de nieve una parte del invierno, y las poblaciones rurales se ven, con tal motivo, obligadas á acudir á alguna ocupación industrial, además de la agricultura, hallándola en el tejido de la seda y en otras pequeñas industrias. En suma, bien puede decirse que la «región lionesa» tiene rasgos característicos propios, que permiten se la considere como un centro separado de la civilización y el arte francés, habiéndose desarrollado

(1) Para más detalles véase *Apéndice O*.

allí un notable espíritu de investigación, descubrimientos é invenciones, tanto científico como industrial, que se extiende en todas direcciones.

La Croix Rousse, en Lyon, donde viven los tejedores en su gran mayoría, es el centro de esa industria, y en 1895 toda esa parte de la ciudad, densamente poblada de casas de cinco, seis, ocho y diez pisos de elevación, resonaba con el ruido de los telares, que no cesaban de funcionar en todas las habitaciones de esa gran aglomeración: últimamente, la electricidad se ha puesto al servicio de esta pequeña industria doméstica, proporcionando fuerza motriz á los telares.

Al Sur de Lyon, en la ciudad de Vienne, el tejido á mano va desapareciendo: la «jerga» es ahora lo que más se produce, quedando sólo 28 fábricas de las 120 que existían hace treinta años. Todos los trapos de lana, restos de alfombras y todo el desperdicio de las fábricas de lana y algodón del Norte de Francia, con un poco de algodón que se le agrega, se transforma aquí en géneros que parten de Vienne para todas las grandes ciudades del país, no bajando de 20.000 yardas de «jerga» las que se remiten diariamente para surtir las fábricas de ropa hecha. El tejido á mano no tiene indudablemente aplicación á tal industria, y sólo trabajan ahora 1.300 telares manuales, de los 4.000 que funcionaban hace diez años. Grandes fábricas, que emplean un total de 1.800 trabajadores, han reemplazado á los tejedores de mano, en tanto que la jerga ha hecho lo mismo con el paño. Toda clase de franela, sombreros de fieltro, tejidos de cerda y otros por el estilo, se fabrican al mismo tiempo.

Pero mientras que las grandes fábricas conquistaban así á la ciudad de Vienne, sus suburbios y sus alrededores se convertían en centro de un cultivo hortícola y

frutal floreciente, del cual se ha hecho ya mención en el capítulo IV. Las orillas del Rhone, entre Ampuis y Condrieu, son una de las partes más ricas de Francia, debido á su arboricultura, horticultura, cultivo de frutales, viticultura y fabricación de queso de cabra: allí la industria doméstica marcha á compás con un cultivo inteligente del suelo; Condrieu, por ejemplo, es un centro famoso de bordado, el cual se hace en parte á mano, como antiguamente, y en parte á máquina.

Al Oeste de Lyon, en la Arbresles, se han montado fábricas de seda y terciopelo; pero una gran parte de la población continúa aún tejiendo en sus casas, en tanto que, más al Oeste, Panissières es el centro de un considerable número de pequeñas poblaciones, en que el hilo y la seda se tejen como industrias domésticas. No todos estos trabajadores poseen casa propia; pero al menos, aquellos que tienen, suyo ó arrendado, un pedazo de tierra ó huerto, ó un par de vacas, se dice que no lo pasan mal, y la tierra, por regla general, afirman, está admirablemente cultivada por estos tejedores.

El principal centro industrial de esta parte de la región lionesa, es seguramente Tarare: hace treinta años, cuando Reybaud publicó su excelente obra, *Le Coton*, era un centro de manufactura de muselinas, ocupando en esta industria la misma posición que tenía Leeds anteriormente en este país, en la de tejidos de lana. Las filaturas y las grandes fábricas afinadoras se encontraban en Tarare, pero el tejido y bordado de las muselinas se hacía en los pueblos de sus alrededores, especialmente en la parte montuosa del Beaujolais y el Forez.

Cada casita rústica, cada granja y *metayerie* eran pequeños talleres en aquella época, y se podía ver, según dice Reybaud, al joven de veinte años bordar la muselina fina después de haber limpiado los establos de la

granja, sin que el trabajo se resintiera en lo más mínimo por la combinación de dos ocupaciones tan diferentes; por el contrario, la delicadeza de la obra y la extremada variedad en los dibujos eran un rasgo distintivo de las muselinas de Tarare y una de las causas de sus éxitos. Todos los testimonios están de acuerdo, al mismo tiempo, en reconocer que, siempre que la agricultura encuentra ayuda en la industria, la población rural disfruta de un bienestar relativo.

Ahora la industria ha sufrido una transformación completa, y sin embargo, no bajan de 60.000 personas, representando una población de unas 250.000 las que trabajan para Tarare, en la parte de la sierra, tejiendo toda clase de muselina para todas las partes del mundo, y ganando todos los años, de este modo, 12.000.000 de francos. Amplepuis, á pesar de sus fábricas de seda y su maravilloso cultivo de albaricoqueros, sigue siendo uno de los centros locales de esa muselina, en tanto que el inmediato pueblo de Ihizy es un centro de una variedad de lienzos, franelas, «sarga peruana», «oxfords» y otras telas de lana y algodón mezclados que tejen en la sierra los aldeanos, no bajando de 3.000 telares de mano los que hay distribuídos en 22 pueblos, é importando 15 millones de francos el valor de las telas tejidas anualmente por los tejedores rurales sólo en estos contornos, en tanto que 15.000 telares mecánicos trabajan en Ihizy y la gran ciudad de Roanne, tejiéndose en ambas todas las variedades posibles de algodones (lienzos, franelas y otros) y mantos de seda, en fábricas que producen yardas á millones.

En Cours, 1.600 operarios se ocupan en hacer «mantas», principalmente de las clases más inferiores (hasta de aquellas que se venden á 2,50 y un franco pieza para la exportación al Brasil), empleándose en tal industria

todos los trapos y desperdicios imaginables procedentes de las fábricas de textiles de todo género (yute, algodón, lino, cáñamo, lana y seda), correspondiendo en este caso, como es natural, la victoria á la fábrica; pero hasta en Roanne, donde la fabricación del algodón ha alcanzado un alto grado de perfección, y trabajan 9.000 telares mecánicos, produciendo anualmente más de 30.000.000 de yardas, aun allí se encuentra, con sorpresa, que la industria doméstica no ha muerto por completo, dando un rendimiento anual de más de 10.000.000 de yardas de tela, cosa mu y respetable. Al mismo tiempo, en los contornos de esa gran ciudad, la industria de medias de punto de lujo ha tomado en los últimos treinta años un extraordinario desarrollo: sólo 2.000 mujeres había empleadas en ella en 1864, número que se ha elevado á 20.000, las cuales, sin abandonar sus trabajos rurales, han encontrado tiempo para hacer, con ayuda de pequeñas máquinas, toda clase de artículos de punto de lana, cuyo valor anual está apreciado en 9.000.000 de francos (1).

No debe, sin embargo, suponerse que las industrias textiles y sus afines sean las únicas pequeñas industrias de esta localidad: multitud de otras varias rurales siguen viviendo al mismo tiempo, y en casi todas ellas los métodos de producción están mejorando constantemente; así que, cuando la construcción rural de sillas comunes dejó de ser productiva, se empezaron á fabricar en las aldeas artículos de lujo y sillas elegantes; y transformaciones de esa índole se encuentran por todas partes.

En el Apéndice se hallarán más detalles sobre esta interesantísima región; pero aquí hay que hacer una observación más todavía: á pesar de sus grandes indus-

(1) ARDOUIN DUMAZET, vol. VII, pág. 266.

trias y sus minas de carbón, esta parte de Francia ha conservado su aspecto rural, siendo ahora una de las regiones mejor cultivadas del país; y lo más digno de admiración no es tanto el desarrollo de la gran industria, que después de todo, aquí, como en otras partes, tiene, hasta cierto punto, un origen internacional, como las facultades y aptitudes creadoras é inventivas de adaptación que aparecen entre la gran masa de estas poblaciones industriales.

A cada paso, en el campo, en la huerta, en la arboleda, en la industria del queso y la manteca, en las artes industriales y en la multitud de inventos con ellas relacionados, se ve el genio creador de la raza: en estas regiones es donde mejor se comprende que Francia, considerada en su conjunto, sea mirada como el país más rico de Europa (1).

* * *

Sin embargo, el principal centro de la pequeña industria en Francia es París: allí encontramos, al lado de las grandes fábricas, la mayor variedad posible de pequeñas industrias, dedicadas á la producción de artículos de todas clases, tanto para el mercado interior como para la exportación. Tanta es la preponderancia en París de la pequeña industria sobre la grande, que el término medio de trabajadores empleados en cada una de las 98.000 fábricas y talleres de París no llega á seis, y el número de personas que trabajan en talleres que tienen menos de cinco operarios, es casi dos veces igual al

(1) En el *Apéndice O* se dan más detalles aún, sobre la región de Lyon y Saint Etienne.

de las que lo hacen en los grandes establecimientos (1).

En una palabra, París es una gran colmena en la que centenares de miles de hombres y mujeres fabrican en obradores pequeños todas las variedades posibles de artículos que requieren habilidad, gusto é inventiva: estos pequeños talleres, en que lo bien concluído, lo artístico de la obra y la rapidez en la ejecución son tan celebradas, necesariamente han de estimular las facultades intelectuales de los productores; lo que nos permite aceptar con completa confianza que si los obreros de París se consideran generalmente, y con razón, más intelectualmente desarrollados que los de otra cualquiera capital europea, esto es debido, en gran parte, al carácter del trabajo en que están invertidos, trabajo que implica gusto artístico, destreza y, en particular, inventiva, teniendo que estar alerta siempre á fin de idear nuevos modelos é ir continuamente aumentando y perfeccionando los sistemas técnicos de la producción. Pareciendo también muy probable que, si encontramos una población obrera muy culta en Viena y en Varsovia, esto se debe igualmente, en gran parte, al considerable desarrollo de pequeñas industrias similares que estimulan la inventiva y tanto contribuyen á desarrollar la inteligencia del trabajador.

La *Galerie du travail*, en las exposiciones de París, es siempre muy digna de verse: en ella se puede apreciar, tanto la variedad de la pequeña industria que radica en las poblaciones francesas, como la destreza y facultades inventivas de los operarios, surgiendo de ahí necesaria-

(1) En 1873, de un total de población de 1.851.800 que habitaba París, 816.040 (404.408 hombres y 411.632 mujeres) subsistían de la industria, y de ellas sólo 293.691 trabajaban en las grandes fábricas, en tanto que 522.349 vivían de la pequeña industria. (*MAXIME DU CAMP: Paris et ses Organes*, vol. VI.)

mente esta cuestión: ¿Debe toda esta habilidad, toda esa inteligencia, ser barrida por el inmenso poder de las grandes fábricas, en vez de convertirse en nueva fuente de progreso bajo un sistema mejor de producción? ¿Ha de desaparecer toda esa independencia é ingenio del obrero ante la fábrica niveladora? Y en caso afirmativo, ¿sería un verdadero progreso semejante transformación, como pretenden desde luego muchos economistas, que sólo han estudiado aritmética, pero no á los seres humanos?

De todos modos, es indudable que, aun siendo posible la absorción de la pequeña industria por la grande, lo que parece muy dudoso, no se realizaría con tanta rapidez como se cree. La pequeña industria de París defiende con tenacidad su existencia, demostrando su vitalidad las innumerables máquinas-herramientas que se inventan continuamente por los trabajadores para mejorar y abaratar el producto.

El número de motores que se exhibieron en la última exposición en la *Galerie du travail*, son buen testimonio de que un motor económico para la pequeña industria es uno de los primeros problemas del día, habiéndose inventado hasta motores de sólo 45 libras de peso, incluyendo la caldera, para alcanzar tal resultado. Las pequeñas máquinas de vapor de dos caballos que ahora fabrican los antiguos relojeros del Jura, convertidos hoy en mecánicos, en sus pequeños talleres, son otro paso en igual sentido, y esto sin hacer mención de los motores de agua, gas y eléctricos.

La transmisión de fuerza por medio del vapor á 230 pequeños talleres, hecha por la *Société des Immeubles industriels*, fue otra buena prueba de lo mismo; y los constantes esfuerzos de los ingenieros franceses para buscar el mejor medio de transmisión y división de fuerza por

medio del aire comprimido, «cables teledinámicos» y electricidad, son indicaciones de los esfuerzos que hace la pequeña industria por conservar su terreno ante la competencia de las grandes fábricas. (Véase *Apéndice P.*)